

de Bastos. Al mismo tiempo el coronel Olloqui con el resto de los caballos, marchaba á galope al pié del cerro de Ocotlan para ganar la llanura de la izquierda, y envolver por aquel lado al ejército de Comonfort.

A las ocho se hizo general la batalla, y dió principio una de esas escenas terribles, que si afligen siempre el corazón cuando se trata de una guerra entre ejércitos de diferentes naciones, son horriblemente desgarradoras cuando la lucha es entre hijos de un mismo pueblo. Por espacio de dos horas y media estuvieron luchando encarnizadamente los del gobierno y los pronunciados, sin que cesaran un punto los primeros en sus posiciones, y sin que un punto desmayaran los segundos en su empeño de avanzar para desalojarlos. Los tiros de cañón, el fuego graneado de la infantería, las arremetidas de los escuadrones, no cesaron un instante en aquel espacio de tiempo: diez y ocho bocas de fuego por parte del gobierno, y las doce de los pronunciados barrían por igual con la metralla las pobres chozas de San Francisco Ocotlan y las filas de los combatientes. Por fin los pronunciados fueron rechazados en el ala derecha, cuyas baterías habían hecho en ellos horribles destrozos; pero tan violento fué el empuje con que embistieron al centro, que algunos cuerpos de guardia nacional, menos disciplinados que valientes, no pudieron conservar sus posiciones, y se dispersaron por la

ba Bastos. Al mismo tiempo el coronel Olloqui con el resto de los caballos, marchaba á galope al pié del cerro de Ocotlan para ganar la llanura de la izquierda, y envolver por aquel lado al ejército de Comonfort.

A las ocho se hizo general la batalla, y dió principio una de esas escenas terribles, que si afligen siempre el corazón aunque se trate de una guerra entre ejércitos de diferentes naciones, son horriblemente desgarradoras cuando la lucha es entre hijos de un mismo pueblo. Por espacio de dos horas y media estuvieron luchando encarnizadamente los del gobierno y los pronunciados, sin que cesaran un punto los primeros en sus posiciones, y sin que un punto desmayaran los segundos en su empeño de avanzar para desalojarlos. Los tiros de cañón, el fuego graneado de la infantería, las arremetidas de los escuadrones, no cesaron un instante en aquel espacio de tiempo: diez y ocho bocas de fuego por parte del gobierno, y las doce de los pronunciados barrían por igual con la metralla las pobres chozas de San Francisco Ocotlan y las filas de los combatientes. Por fin los pronunciados fueron rechazados en el ala derecha, cuyas baterías habían hecho en ellos horribles destrozos; pero tan violento fué el empuje con que embistieron al centro, que algunos cuerpos de guardia nacional, menos disciplinados que valientes, no pudieron conservar sus posiciones, y se dispersaron por la

llanura de la izquierda, de tal modo que los pronunciadados llegaron á apoderarse del cerro. El general Rosas Landa y el coronel Baz habian logrado contener por aquel lado á la caballería enemiga que trataba de envolverlos.

Dudosa estaba la batalla, porque era igual la obstinacion por una y otra parte; pero al fin los pronunciadados cedieron. Estaban destrozados por la metralla de las baterías situadas en la loma; y veíase ademas á lo lejos por el camino de Santa Inés, una inmensa polvareda que anunciaba la aproximacion de nuevas tropas de refresco. Esto acabó de decidirlos, porque pensaron que aquellas fuerzas venian á reanimar el ardor de sus contrarios, precisamente en los puntos donde algo habia desmayado la resistencia. Salió pues de las filas rebeldes el toque de *alto el fuego*, y este toque fué repetido en la línea del gobierno por orden del general Avalos, que peleaba en el punto mas peligroso del centro, al frente de su brigada de caballería. Eran las diez y media: el fuego cesó al instante, pero no sin hacer aún una nueva víctima; apenas habia dado Avalos aquella orden, cuando cayó mortalmente herido por el último tiro de los contrarios.

Entonces se acercaron unos á otros los combatientes, pasando por encima de los muertos y moribundos de que estaba regado el campo: algunos de los pronun-

ciados prorumpieron en vivas al presidente, abrazándose con los soldados del gobierno; y pocos momentos despues se presentaron dos oficiales enemigos al general Villareal, segundo en jefe del ejército, diciéndole que Don Antonio Haro solicitaba tener con él una entrevista. Creyó Villareal, como creyeron todos los que allí estaban, que de aquel paso podia resultar la terminacion de la guerra: respondió, pues, que no tenia en ello inconveniente, y que Haro podia dirigirse á un punto intermedio, donde se verian. Casi al mismo tiempo llegaron Haro y Villareal al sitio de la cita, acompañados uno y otro por varias personas de su respectivo bando: Haro abrió los brazos á Villareal, y espresó el dolor que le causaba el sangriento espectáculo que á la vista tenian: Villareal se lamentó igualmente de aquellos desastres, y Zuloaga que iba con él, hizo lo mismo, escitando ambos al jefe de la revolucion á que se sometiese al gobierno para poner fin á tantas desgracias. En esto estaban, sin haber concluido nada todavía, cuando se avistó en el campo el presidente, lo cual hizo que Villareal pusiese fin á la conferencia con Haro, quedando por encargo de éste en dar cuenta á Comonfort de lo que habia ocurrido, y en pedirle tambien una entrevista. Cada uno se retiró entonces á su campo, y Haro dejó con Villareal al teniente coronel Don Agustin Iturbide, para que con él le enviara la respuesta del presidente.

les de hombres á quienes la discordia habia conducido allí bajo dos distintas banderas, siendo todos hijos de una misma patria, cuya suerte dependia tambien de aquella entrevista.

Se ignoran los pormenores de ella, porque nadie pudo escucharlos. Nadie sabe lo que pasó entre aquellos dos hombres, que habian nacido en una misma ciudad, que habian sido amigos desde la niñez, que se habian educado en una misma escuela, que habian sufrido persecuciones y hecho sacrificios por una misma causa. Debió ser para ambos un momento muy solemne, aquel en que se encontraron allí, en medio de todos los horrores de la lucha fratricida, salpicado de sangre y cubierto de destrozos el suelo que pisaban, y casi á la vista de la ciudad donde habian pasado sus juegos infantiles; llevando el uno sobre sus hombros los gravísimos deberes de jefe del Estado, cargado el otro con la responsabilidad de una empresa que habia ocasionado la desolacion que los rodeaba. Pero nadie ha podido contar lo que se dijeron: solo se sabe que el presidente de la República concedió al caudillo de la revolucion un armisticio de dos horas, ofreciéndole únicamente la garantía de la vida para él y para sus gentes, si en aquel término se ponian á disposicion del gobierno. Haro dijo que no podia tomar por sí solo una resolucion tan grave, y que iba á celebrar una

junta de guerra con los suyos. Repitió esto mismo, acabada la entrevista, delante de Villareal y otros generales, á cuyos ruegos accedió el presidente prolongando el plazo hasta las tres, por haber dicho Haro que no le parecia bastante el tiempo antes prefijado. Entonces ofreció volver él mismo á participar la resolucion de sus gentes, y se retiró á su campo, como lo hizo Comonfort al suyo con los jefes que le acompañaban.

Cumplióse el plazo, y Haro no parecia, ni se presentaba ninguno por su parte á comunicar el resultado; y habiéndose pasado la hora señalada, Comonfort envió al campo enemigo al general Langberg, jefe de su estado mayor, con órden de manifestar á Haro que habia espirado el término, y reclamar de él la restitucion del batallon ligero de Guanajuato y cuatro piezas de artillería, que sus tropas se habian llevado del cerro de Ocotlan durante la conferencia y el armisticio.³

³ Poco faltó para que le sucediera lo mismo al batallon de Tiradores. "Este batallon, dice el parte general, perteneciente á la division de reserva, que se habia hecho venir á la primera línea, suspendió como todos los demas sus fuegos por el imprudente toque que sin autorizacion ninguna mandó dar el valiente y malogrado general Avalos, pues creyó que se habian pasado á nosotros, dando por terminado el combate; y quedando por este hecho dicho batallon en medio de las filas enemigas que victoreaban al supremo gobierno y abrazaban á nuestros soldados; pero su coronel el general Don Alejo Barreiro,

Langberg fué entretenido largo tiempo por varios jefes de los pronunciados, sin que se le diera ninguna respuesta categórica, hasta que conociendo lo que pasaba, y observando los movimientos de los rebeldes, volvió á toda prisa á dar parte de que éstos habian levantado el campo, y se retiraban apresuradamente rumbo á Puebla.

Nunca se ha podido decir con mas verdad que entonces, que la guerra civil es una guerra de hermanos, porque no solo lo eran por la patria los que se batieron unos con otros en Ocotlan, sino que lo eran tambien por la sangre. Padres habia que contaban uno ó mas hijos entre las tropas del gobierno, y otros hijos en las filas pronunciadas; esposas que tenian á sus maridos en un bando, y á sus hermanos en el otro. El general Echeagaray, que defendió bizarramente su puesto en la loma de Montero contra el violento ataque de una de las columnas enemigas, decia en su parte con amarga sencillez, despues de contar cómo aquella columna habia sido rechazada: "en esta columna venia un hermano mio."

El país se cubrió de luto con los resultados de la batalla de Ocotlan, sin que fuera bastante á disipar para evitar ser envuelto, lo concertó sobre la reserva por un pronto y enérgico movimiento, y no dejando en las filas de los facciosos ni un soldado tirador."

la inmensa pesadumbre causada por aquellos destrozos, la consideracion de que el gobierno habia obtenido una señalada victoria. Los pronunciados dejaron tendidos en el campo 119 muertos y 98 heridos, quedando en poder de los vencedores 180 prisioneros, y perdiendo ademas los vencidos unos 400 hombres que se les dispersaron. ⁴ Los del gobierno recogieron en el campo de batalla el mismo dia por la tarde á los heridos enemigos, y los llevaron á sus hospitales de sangre para curarlos juntamente con sus compañeros que se hallaban en el mismo caso. El dia siguiente recogieron los 119 cadáveres y les dieron sepultura; y todavía entonces el general Vander-Linden, inspector del cuerpo médico-militar, que cumplia aquellos tristes deberes, encontró otros 15 heridos tirados entre los muertos en los surcos del campo. Aquellos desgraciados habian permanecido allí cerca de cuarenta horas desangrándose, y muchos de ellos se fingian muertos, por temor de que los matara la escolta de ca-

⁴ Así lo dijo el general Villareal en su parte, fecha en Puebla el 19 de Marzo.

El general Alvarez en el parte general de toda la campaña, dado en Puebla el 26, dijo que el enemigo habia dejado en el campo 119 muertos, 9 heridos, y 180 prisioneros, añadiendo que segun informes posteriores de los mismos jefes de la plaza, en esta accion perdieron 89 oficiales muertos, heridos ó prisioneros.

Los heridos del gobierno, segun la lista del inspector general Vander-Linden, fueron 85.

ballería que acompañaba á Vander-Linden. Este los tranquilizó y los consoló, remitiéndolos en el acto á la ambulancia general, donde se les ministraron los alimentos y los auxilios que su situacion demandaba.

Entre los muertos á consecuencia de las heridas que recibieron en aquella jornada, se contaron el general Avalos por parte del gobierno, y los coroneles Don José Diaz de la Vega y Don Manuel Aljovin por parte de los pronunciados. La nacion y el ejército perdieron en ellos á tres valientes militares; y al cubrirlos la misma tierra sobre la cual los habia dividido la discordia civil, nadie se acordó de otra cosa sino de llorar la desgracia que tan temprano los habia llevado al sepulcro.

Durante la accion de Ocotlan, no habria sido difícil tomar á Puebla, donde habian dejado poca gente los pronunciados. Comonfort lo habia previsto, y desde Santo Toribio, al oír los primeros cañonazos del combate, habia enviado para ello la orden correspondiente á los generales Moreno y Ghilardi. No la recibieron oportunamente, ni la disciplina militar les permitió echar sobre sí la responsabilidad de un movimiento que sin embargo estaba indicado por las circunstancias. Tambien habria sido difícil cortar la retirada á los enemigos, pero no se puso en práctica esta operacion por las mismas causas que impidieron la otra. Ghilardi, sin embar-

go, penetró aquel dia, hasta las calles de la ciudad con algunos caballos, y Moreno avanzando con sus ayudantes y una escolta hasta el puente de México, descubrió el ramal de una mina que los pronunciados habian colocado en el mismo puente, para volarle cuando las tropas del gobierno pasaran. Moreno hizo cortar aquel ramal, y su noticia sirvió para que el dia 9 se destruyera completamente aquella mina.

Encerrados en Puebla los pronunciados, Comonfort no vaciló un punto en ir tras ellos para atacarlos en la misma ciudad. Defendida naturalmente por los cerros que la circundan, y aprovechadas bastante bien por la gente de Haro aquellas ventajas, era arrojado acometerlos allí, y una empresa harto difícil derrotarlos; pero nada valieron castillos ni trincheras, nada el ardor ni la obstinacion de los sitiados, contra el valor y la decision de los del gobierno, doblemente alentados por el reciente triunfo y por la presencia del afortunado jefe.

Sin descansar un punto despues de la batalla de Ocotlan, Comonfort se dirigió el dia 8 de Marzo por la tarde sobre Puebla, y acampó su ejército en las inmediaciones de aquella ciudad, pasando él la noche en la hacienda de la Uranga con la tercera division de infantería. El dia siguiente los pronunciados, al aproxi-

marse las tropas del gobierno, abandonaron el puente de México, situado sobre el río Atoyac, al pié del cerro de San Juan que domina la ciudad por aquella parte; y Comonfort colocó en lugar conveniente una batería que todo el día hizo fuego sobre aquella posición.

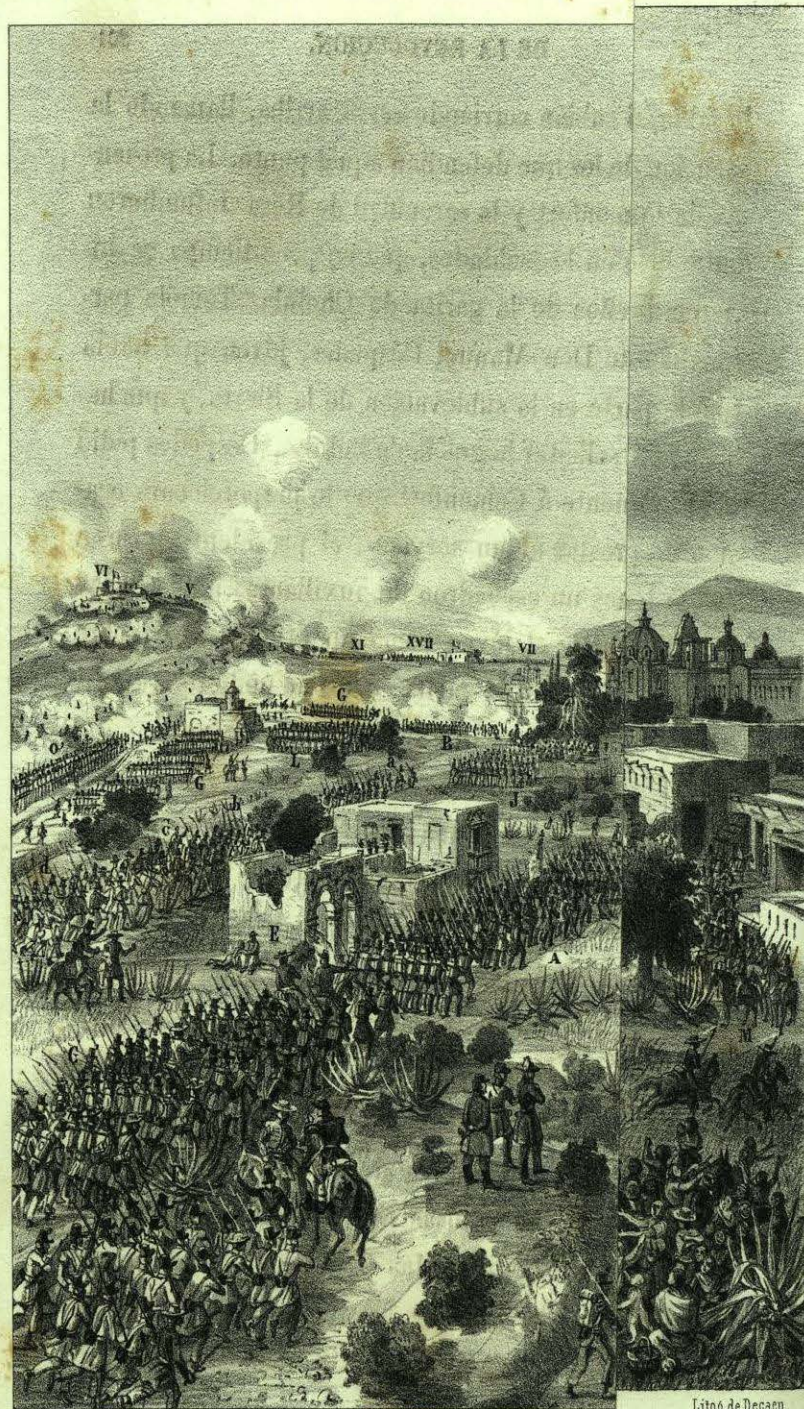
Era indispensable, no solo para tomar la plaza, sino simplemente para establecer un sitio, ocupar alguna de aquellas eminencias, ó inutilizarla por lo menos para los sitiados; y una operación estratégica, tan hábilmente concebida como valerosamente ejecutada por todo el ejército, salvó el día 10 aquellas primeras dificultades. Quería Comonfort ocupar el convento del Cármen, situado en un extremo de la ciudad al S.; y al efecto dispuso que mientras él mismo volteaba la falda del cerro de San Juan para atacar la garita de Cholula, Parrodi hiciera un ataque falso sobre el mismo cerro. El mismo presidente, y el general Rosas Landa con su brigada, atacaron poco antes de las tres de la tarde aquella garita, donde se defendieron bravamente por largo rato las fuerzas de infantería y caballería que estaban en ella con un cañón. Al mismo tiempo la artillería de la division Parrodi empezó á disparar constantemente contra el cerro de San Juan, mientras que algunos cuerpos de la misma division y de la de Moreno hacian fuego á los enemigos desde

marse las tropas del gobierno abandonaron el puente de México, situado sobre el río Atoyac, al pié del cerro de San Juan que domina la ciudad por aquella parte; y Comonfort colocó en lugar conveniente una batería que todo el día hizo fuego sobre aquella posición.

Esta indispensable, no solo para tomar la plaza, sino simplemente para establecer un sitio, ocupar alguna de aquellas eminencias, ó inutilizarla por lo menos para los sitiados; y una operación estratégica, tan hábilmente concebida como valerosamente ejecutada por todo el ejército, salvó el día 10 aquellas primeras dificultades. Quería Comonfort ocupar el convento del Cármen, situado en un extremo de la ciudad al S.; y al efecto dispuso que mientras él mismo volteaba la falda del cerro de San Juan para atacar la garita de Cholula, Parrodi hiciera un ataque falso sobre el mismo cerro. El mismo presidente, y el general Rosas Landa con su brigada, atacaron poco antes de las tres de la tarde aquella garita, donde se defendieron bravamente por largo rato las fuerzas de infantería y caballería que estaban en ella con un cañón. Al mismo tiempo la artillería de la division Parrodi empezó á disparar constantemente contra el cerro de San Juan, mientras que algunos cuerpos de la misma division y de la de Moreno hacian fuego á los enemigos desde

marzo las tropas del gobierno abandonaron el punto de México, situado sobre el río Atzacan, al pie del cerro de San Juan que domina la ciudad por aquella parte; y Comonfort colocó en lugar conveniente una batería que todo el día hizo fuego sobre aquella posición.

Esta indisposición, no solo para tomar la línea sino simplemente para establecer un sitio, ocupó algunas de aquellas empuñadas, é inutilizadas por lo menos para los aliados; y una operación estratégica tan difícil quanto concebida como valerosamente ejecutada por todo el ejército, salió el día 10 aquella tarde de las batallas. Quería Comonfort ocupar el cerro de San Juan, situado en un estruendo de la ciudad el 27. Y al efecto dispuso que mientras él mismo rodeaba la falda del cerro de San Juan para atacar la batería de San Juan, el general Llanos un cuerpo fuese sobre el cerro. El mismo presidente, y el general Llanos, salieron con su división, atacaron poco antes de las tres de la tarde aquella batería, donde se defendieron valientemente por largo rato las fuerzas de infantería y artillería que estaban en ella con un cañón. Al mismo tiempo la artillería de la división Llanos, empezó á disparar constantemente contra el cerro de San Juan, mientras que algunos cuerpos de la misma división y de la de Morelos pasaron luego á los cerros de Santa



Lito de Decaen.

Ataca

la falda, ó subian corriendo cerro arriba, llamando la atencion de los que defendian aquel punto. La presencia de Comonfort y la serenidad de Rosas infundieron tanto brío en los soldados, que en poco tiempo se hicieron dueños de la garita de Cholula. Tomóla personalmente Don Manuel Céspedes, jóven que habia tenido parte en la sublevacion de la Sierra, y que habia ido á solicitar la gracia de indulto. Céspedes pidió modestamente á Comonfort que le proporcionara ocasion de prestar algun servicio: el presidente puso á sus órdenes un escuadron de auxiliares: á la cabeza de ellos partió el jóven como un rayo y cayó sobre los que defendian la garita: éstos no pudieron resistir mas, y se retiraron á la de México.

Entretanto, continuaba Parrodi maniobrando tan hábilmente contra el cerro de San Juan, y engañando con tal pericia á los enemigos, que éstos tuvieron por indudable que la intencion de los del gobierno era tomar aquella posicion, siendo el resultado de este engaño que saliesen de la plaza mas de mil hombres en auxilio de los del cerro y de la garita de México. Horroroso era el fuego que desde estos dos puntos hacian á la brigada Rosas que se habia apoderado de la garita de Cholula. Mas de dos horas duró aquel combâte, en el cual todos los cuerpos del ejército tomaron una parte gloriosa; la division Zuloaga soste-



Atacan las tropas del Gobierno el cerro de San Juan en Puebla el 10 de Marzo de 1856,
y entra el presidente COMONFORT en el convento del Carmen.

Lito de Decaen.